

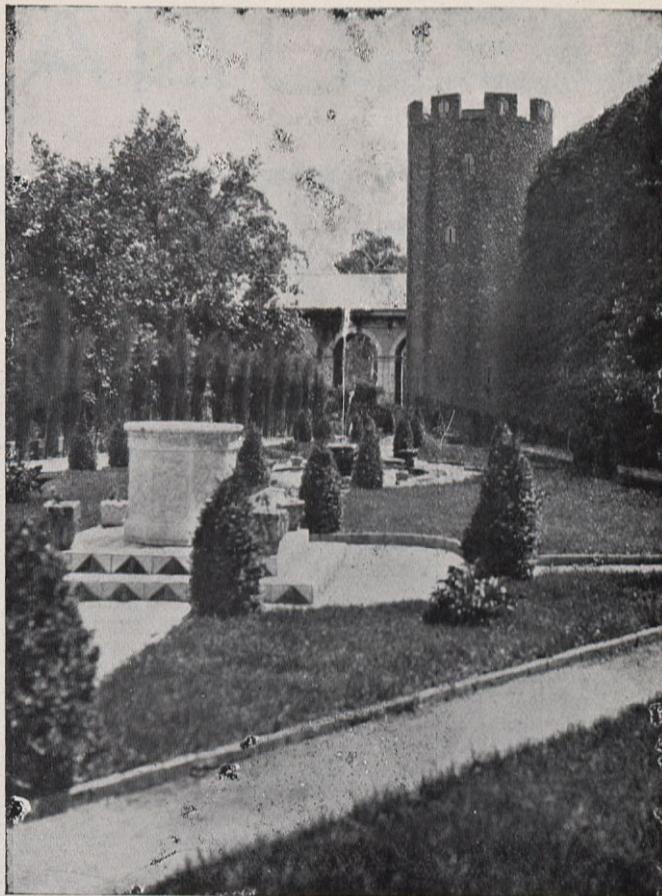
PERALADA

POR JUAN GUILLAMET

HABLAR de Peralada ha tenido siempre, singularmente para los ampurdaneses, unas resonancias especiales en el espíritu. El gran contenido histórico de este nombre ha dado a esa villa ampurdanesa un abolengo muy relevante, abolengo que sigue sosteniendo gracias al alto empeño que en ello han puesto los ilustres magnates y valedores que en ella han hecho afincamiento.

A las circunstancias históricas que en Peralada concurren, tales como el haber sido cuna del gran cronista Ramón Muntaner, cuyo nombre ostenta con orgullo el Instituto Nacional de Enseñanza Media de Figueras, el haber sido teatro de encarnizadas batallas y el haber atesorado, al correr de los siglos, joyas de inestimable valor artístico, se une el hecho de su emplazamiento en uno de los más bellos parajes del Alto Ampurdán.

Para llegar a Peralada, partiendo de Figueras, es bueno hacer escala en Vilabertrán para visitar la iglesia y los claustros de Santa María. Luego, tomando la carretera de Port-Bou, se sigue hasta Peralada, que está a unos cuatro o cinco kilómetros. El trayecto, breve y ameno, transcurre entre cañaverales y labrantíos que se extienden, ya hasta el horizonte abierto hacia el mar, ya hacia las ominosas jorobas que yerguen hacia el norte las montañas pirenaicas. A la carretera afluyen caminos y veredas que, a través de campos y bosquecillos, conducen atajando a los pueblos vecinos: Cabanas, Vilatenim, Vilasacra. Hay que atravesar dos ríos de escaso caudal el Muga y el Llobregat. El primero, sensiblemente más caudaloso que el otro, a pesar de presentar seca la mayor parte de su cauce, ofrece en sus márgenes un singular encanto. La caña, planta predominante en ellas, existe en gran profusión formando espesos cañaverales. Es de ver, cuando la tramontana sopla furiosa, como las cañas se inclinan a compás y, aguzando el oído, podrían percibirse algunos acordes que, al alimón, arranca el viento de sus tallos huecos como si de un órgano se tratara, convirtiendo aquellas márgenes en un escenario propicio para la reconstrucción del mito del dios Pan y de la ninfa Siringa. Pasado el río Muga se entra en los terrenos del «Mas Llop» que flanquean la carretera expuestos siempre a sufrir los desmanes de las riadas en las épocas de grandes lluvias. Unos pasos más y, rebasada la curva del «Molí del Comte», se divisa ya Peralada con su caserío encaramado en un leve promontorio, dando al aire sus tejados cubiertos de musgo mientras su característica silueta se perfila en el azul del cielo. Virtualmente, estamos ya en Peralada. Nos cruzamos con algún que otro boyero que conduce su vacada al sabroso ramoneo, con carros que van y vienen de los campos



Un rincón del jardín al lado de la muralla.

vecinos; en una palabra, con el pacífico trajín de la vida rural. Total, que con cruzar el Llobregat, nos hallamos ya dentro del recinto de la condal villa.

Las empinadas callejas, que desde el portal nos invitan a meternos por ellas, están pavimentadas con orondos y pulidos guijarros dejando en el centro el consabido pasillo para las caballerías. Las casas, con muros de factura antigua, tienen el añoso sabor de la piedra vieja y del barro molido. Los marcos de las puertas y ventanas conservan la tersura que, a su tiempo, les comunicó el buril del cantero y, a no ser por ciertos inevitables indicios de modernidad que se observan, diríase que aún conserva la villa aquella dureza almogávar que tanta fama le dió en otras épocas.

Muchas cosas notables hay en Peralada: los Claustros de Santo Domingo, el Convento del Carmen, pero la que más actualidad cobra en nuestros días es, indiscutiblemente, el Palacio. Erigido y crecentado por los Rocabertí, condes de Peralada, ha pasado a ser propiedad del ilustre magnate don Miguel Mateu, quien, por su excepcional mecenazgo merecería, al estilo del poeta Horacio, el título de «amparo y honor de las letras y las artes ampurdanesas». Hay que esperar que no esté lejano el día en que el Ampurdán reconozca de manera oficial los beneficios recibidos de tan meritísimo prócer.

El Palacio de Peralada viene a ser como una especie de Escorial ampurdanés. Aquí, cuando se quiere agasajar a un forastero, es cosa muy corriente llevarle a visitar el Palacio de Peralada. La magnificencia de sus estancias, decoradas según el estilo de antañonas épocas, la gran calidad de los retablos y pinturas, el primor de los grabados y tallas así como el arte exquisito que se refleja en el bordado de los tapices, la factura de los muebles y el cincelado de las piezas de vidrio, cerámica y porcelanas, son cosas que dejan en el ánimo del visitante una gratísima impresión y unos vivos deseos de repetir la visita con más detenimiento.

SIGUE A LA PÁGINA 13



Perspectiva de los Claustros.